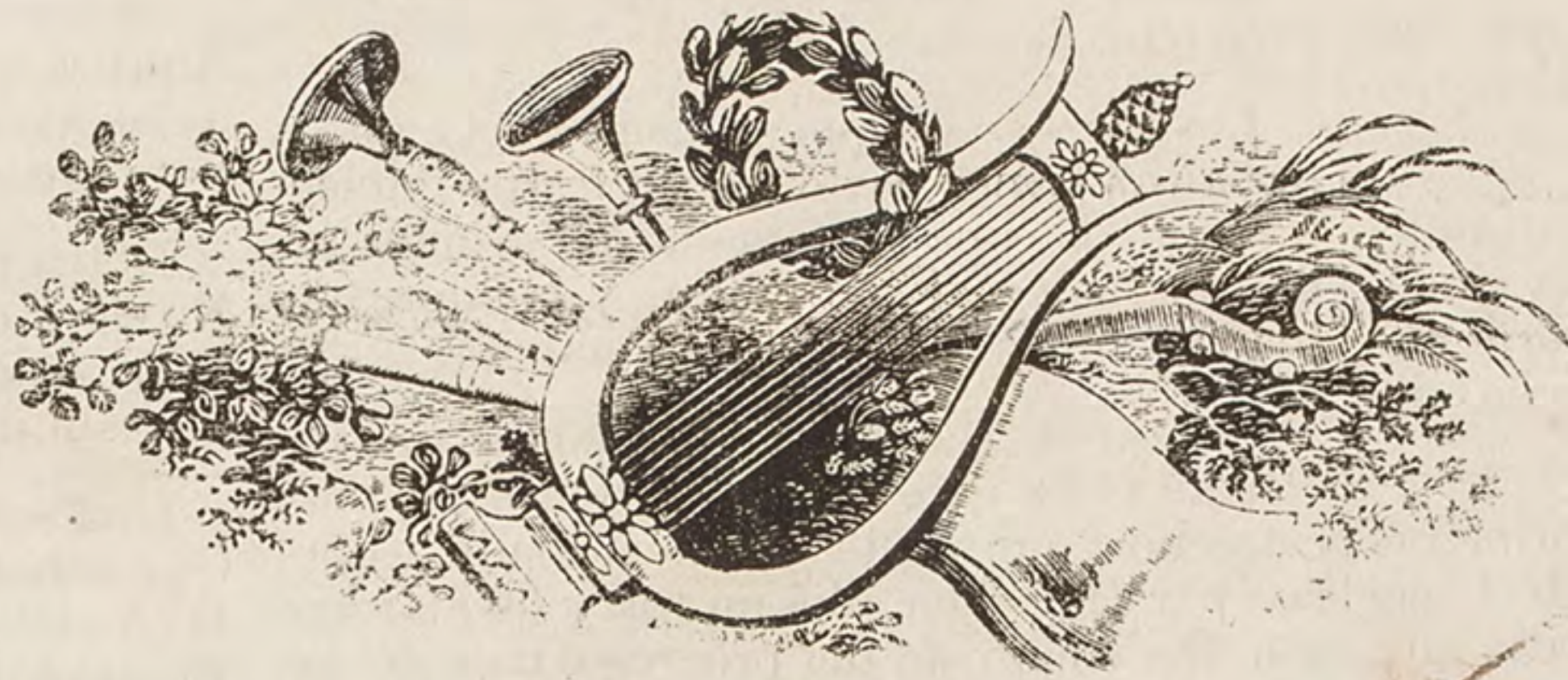


ALBORBODA

SEMANARIO

DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima Sábado 2 de Enero de 1875.

Núm. 12.

SUMARIO.

LAS ASOCIACIONES LITERARIAS, por J. E. C.—LA ISLA DE MARGARITA, poesía, por Miguel Riofrío.—EL DESEO DE FIGURAR, petipieza, por la Señora Juana M. Lazo de Eléspora.—EN EL ALBUM DE DELFINA, poesía, por Jorge Isaacs.—UN VIREY HEREJE Y UN CAMPANERO BELLACO, por Ricardo Palma.—TU LO HAS DICHO, poesía, por M. Zúñiga Freire.—CONDICION DE LA MUJER Y EL NIÑO EN LOS EE. UU. DEL NORTE, por J. Arnaldo Marquez.—PRÓLOGO DE DÉCIMO LABERIO, poesía, por Juan de Afoff.—TRADUCCION LIBRE: EL CESANTE, EL JUBILADO, LA PENSIONISTA DE GRACIA, poesías, por Acisclo Villarín.—CODICIA, por M.—COLABORACION ARGENTINA: A TERESA, poesía, por Bernabé Demaria.—SOBRE LA TUMBA DE SU HIJA, poesía, por José M. Cantilo.—CHARADA.—MOSAICO, por la Señora Juana Manuela Gorriti.—PERMANENTE.

LAS ASOCIACIONES LITERARIAS.

PROGRESAR es vivir; tal es la ley de la inteligencia humana.

Cada día que el pasado arrebató á la existencia, nuevos paisajes se descubren, nuevas perspectivas se ostentan, en el horizonte misterioso del porvenir.

Los años caen, los días se suceden, el tiempo deshoja nuestra vida; en tanto la inteligencia, en medio de su variada y continua actividad, vuela en pos de una idea determinada, fija, que se robustece á medida que se alcanza, que se dilata á medida que se toca; la idea del Progreso.

Idea que crece con mas vigor y lozania, allí donde se ve acariciada por el aura de la libertad; que se engrandece y adquiere

mayor brillantéz, allí donde el despotismo no puede poner á raya el pensamiento.

La libertad es una religion, es un culto, que la inteligencia profesa; porque á su amparo, dirige su raudó vuelo sin encontrar obstáculos, á arrancar nuevos misterios, á descubrir nuevos mundos.

Abre ancha arena á la discusion; ese combate tranquilo y majestuoso, en que las armas de que se hace uso, no son el hierro que mata, sino la palabra que ilustra; donde se derrama, no la sangre de las victimas, sino las ideas de los hermanos; del que quedan, no cadáveres ni tristes despojos, sino teorías y principios, que la humanidad recoje, sedienta de novedades y emociones; y que ha sido siempre el pedestal, sobre que ha reposado el monumento grandioso de la civilizacion.

Es mas, la discusion, es la escuela donde se educa la inteligencia.

Desde que el hombre llega á la edad en que el raciocinio le conduce á separar lo verdadero de lo falso, lo bello de lo repugnante, lo bueno de lo malo; discute con todo lo que oye, con todo lo que ve.

Comienza por eslabonar su inteligencia á la ciencia, vigoriza su criterio con los conocimientos, y declara la discusion á la palabra muda y silenciosa de los libros.

Ellos son su apoyo y su enemigo; ellos le brindan armas para su defensa, porque tambien le atacan y combaten; tan pronto hacen latir su corazón, á impulsos de un noble sentimiento, desarrollado con primor, tan pronto el egoismo detiene la rapidez de

esos latidos, descargando sobre él todo el peso de su miseria; ora le muestran la verdad, con todos sus atavios de esplendor y grandeza, ora el sofisma pretende eclipsar su brillo, con todas las apariencias del arte; y esta lucha muda, esta discusion continua forma la educacion de la inteligencia, la ilustra, la robustece; preparándola para nuevas luchas, para nuevas discusiones.

Pero aun nos falta dar un paso mas, todavía hallamos un vacío que llenar.

Todas las facultades del hombre son susceptibles de perfeccionamiento y de progreso, aun mas, si se descuidan y abandonan, se corrompen y se pierden.

Es necesario no olvidar la palabra.

Que vale al hombre idear columnas llenas de elegancia y majestad, cornisas atrevidas y hermosas, combinaciones variadas é infinitas de líneas, que forman tantos y tan caprichosos relieves y labores; si no sabe manejar con habilidad el buril, esa palabra del arquitecto, para labrar en la piedra todo cuanto su mente crea.

¡Cuanto no pierde el pintor, que se siente animado por la llama del génio, por mas inspiradas y sublimes que sean sus concepciones, por mas sabiduria y profundidad que atesore, por mas erudicion y gracia que revele; si su pincel no se desliza sobre el lienzo al compás de su inspiracion.

Como no desmerece el mortal, cuya alma se halla impregnada de poesía y de ternura, cuyo génio musical raya en lo sublime, capaz de dar á cada dolor un jemido, á cada afecto un canto, á cada voz de la naturaleza

za un éco armonioso; y cuyos dedos no siguen el impulso de su númen, no pudiendo trasladar á las cuerdas de un instrumento, el mundo de armonías, todo el fuego que su pecho encierra.

Que no perderá, en fin, el hombre cuya palabra hablada ó escrita, carece de fluidez y soltura, de elegancia y amenidad; que no puede dar á sus ideas, una expresión propia y brillante, una manifestación genuina y llena de lucidez, al mismo tiempo!

Mas hay una panacéa para este mal, panacéa que ofrece todos sus recursos, que brinda todos sus beneficios; tal es la práctica.

He ahí una de las grandes ventajas que se reportan en esos centros de reunión, que se llaman "Asociaciones Literarias".

En su seno se encuentra ese estímulo, que alienta sin envanecer, que anima sin infundir soberbia, y que impide que el ánimo desmaye, en la larga y ruda marcha del estudio.

Allí se aprende á balbucear las primeras palabras literarias; allí, el cambio de ideas hace dar los primeros pasos al espíritu; allí, del embate de las inteligencias, brota un caudal de instrucción, que cada uno aprovecha según su interés ó su deseo.

En ellas, nace y se manifiesta el pensamiento, se incuban y se vierten las ideas, se sientan y se profesan los buenos principios.

En ellas cada inteligencia es un resplandor, mas ó menos brillante, según que el saber le imprima con mayor ó menor fuerza su sello, que converjen á un centro; esfera de luz que irradia toda su masa sobre cada uno de los que le alimentan y dan vida, así como el Sol al quebrar sus rayos sobre la accidentada planicie del mar, ve reflejada su imagen en cada ola.

Son un cielo en compendio, tienen sus estrellas mas ó menos luminosas, que aunando su brillo para hacer surgir esa claridad, que á todos alumbra en igual grado, con igual intensidad.

Los óptimos resultados que se alcanzan en estas asociaciones, son irrecusables.

Ellos se muestran en las palpitaciones de esa juventud, que toma por bandera un nombre, que tiene por fin una idea, y se lanza llena del brillo que infunde una aspiración legítima, animada de esas profundas convicciones, que tienen por base una recta conciencia y por capitel un corazón joven y entusiasmado, en la santa y noble tarea del porvenir.

Ahora bien, preguntará cualquiera.

¿Esos resultados, impelen á los jóvenes que se afanan por trepar al pináculo de la ciencia, á alistarse á sus filas?

¿Esas asociaciones son el refugio de aquellos, cuyo espíritu, sediento de verdades, se interna en el dédalo de la metafísica, procurando romper sus arcanos?

—No,—tendremos por desgracia, que constatar.

Es la parte mas reducida de nuestra juventud, la que se ha impuesto la misión de mantener y fomentar estas asociaciones.

De los demas, unos las temen, otros las miran con indiferencia.

Para los primeros, no son una escuela libre y humilde, donde va cada cual, llevando por único patrimonio sus aspiraciones; si, el templo de la ciencia, al atravesar cuyo pórtico, piensan hallar lo mas escogido de la inteligencia y del saber.

Para los segundos, no son un sitio donde se educa el espíritu y se ilustra la inteligencia; si, un lugar de mero pasatiempo, donde nada se aprende, donde ningun conocimiento se adquiere, donde ningun adelanto se experimenta.

Ambos se equivocan, porque no las comprenden.

Los unos creen que su insuficiencia, no les permitirá tomar parte en ese festín intelectual; que la copa perfumada del triunfo jamás humedecerá sus labios; y olvidan que todos empiezan de la misma manera.

Los otros, creen que los horizontes que encierran el fin de estas asociaciones son muy estrechos; que son teatros demasiado pequeños para jugar en ellos un rol; y olvidan que son una conquista del progreso, una de las manifestaciones mas elocuentes del adelanto de un pueblo.

Actualmente conocemos, la existencia de algunas asociaciones de este género.

Podrá alguien creer que, á la sombra de sus nombres se cobijan multitud de jóvenes, que en oleaje tumultuoso van á romper lanzas, en estas academias libres del pensamiento.

Mas, se engañan.

Un círculo, el mas limitado, pero firme y resuelto en verdad, es el que se afana en sostener una bandera que amenaza caer por falta de apoyo, y que lucha constantemente contra el aislamiento y la desunión.

Pero nosotros confiamos en el porvenir.

Pensamos que no está remoto el día, en que el mérito é importancia de las asociaciones literarias se comprenda, y que la juventud entónces, sabrá abrazarlas con entusiasmo y fé.

J. E. C.

LA ISLA DE MARGARITA.

Al remontar el raudal Magdalena
¿Por qué ajitado el corazón palpita?
Porque ya en bajel tu nombre suena
Y otra vez vuelvo á verte, Margarita.

En la agrura del bosque áspero y fuerte
Que en la extensión del Magdalen se admira,
Esencias suaves tu floresta vierte
Como entre estruendos armoniosa lira.

Partiendo de argentinos azahares
Y de las flores frescas del cacao;
Vienen á demandar gratos cantares
Las fragancias que llegan á la nao.

Cinco marzos el siglo ha señalado
Desde que te miré por vez primera;
Mas el tropel del tiempo no ha borrado
De mis sueños tu imagen hechicera.

Por eso ahora ignoro lo que siento
Y devoro en silencio al contemplarte:

Iris de gozo, nubes de tormento
Rebúllense en el alma al saludarte.

Difundiendo sus cánticos y olores
Al que aporta á sus playas felicitá,
Como diosa de olímpicos amores,
En su moderna Paphos Margarita.

El bosque con matices de azucena,
Los cedros en que trepa la badea
Un grupo son que siempre en faz serena,
Cual Narciso en las linfas se recrea.

Las ceibas más que el Líbano frondosas,
Absorbiendo las llamas del estío,
Dan descanso y sopor á las graciosas
Bateleras y ondinas de este río.

Globos mil con colores de oro y fuego
Aquí al brillante naranjal coronan,
Y las aves, con plácido societo,
Sobre esas cimas su cantar entonan.

Deten tu curso, voladora nave:
No sigas como el tiempo y el destino:
Deja aspirar el hálito suave
De esta mansión que inebria al peregrino.

Una sonrisa de virgíneo hechizo
Que sobre la isla y las isleñas vaga
Dá á este colombiano paraíso
Fluido sutil que delicioso embriaga.

Niños desnudos que inocentes juegan
En torno del jazmín y de la piña,
Y estos más tiernos que á mirarnos llegan
Como silfos alientan la campiña.

Se desprenden ingénitas delicias
De las chosas, los bosques y las flores
Prodigando la suerte sus caricias
Después que ha prodigado sus rigores.

Mas la dicha es fugaz como el ensueño
De la narcotizada fantasía,
Que sacando jardines del beleño,
Los vé deshechos al rayar el día.

Arando con su prora la corriente
Sus ruedas bate intrépido el vapor,
Raudal trasmonta, y de efusión la fuente
Atras se queda... Margarita, adios!

MIGUEL RIOFRIO.

EL DESEO DE FIGURAR.

HACE mas de veinte años que con el buen humor de la juventud, escribí la siguiente petipieza; no he querido corregirla ahora, porque á mi edad, ya no se rie: solo se llora.

ESCENA PRIMERA.

Representará un salón lujosamente amueblado, y preparado como para una "soirée."

Antonio—¡Válgame la Virgen de Atocha! ¿á qué santo este baile, Chomba? ¿tú te has vuelto loca?

Chomba—El loco serás tú, mentecato; ¿pues no sabes que hoy es el cumpleaños de nuestra hija *Andrómaca*?

Antonio—¡Qué *Andrómaca* ni qué niño muerto! Yo no sé de dónde diablos has salido poniéndoles esos nombres que Satanás los puede entender. Tú, que eres *Gerónima*, te has puesto *Griselda*; á *Andrea* la lla-

mas Andrómaca, y á Catalina le dices Cleopatra. ¿Han visto ocurrencia mas estrafalaria? Como si en nuestro calendario hubieran santos con esos nombres.

Chomba—¡Tú qué sabes de eso! ¿no ves que en el día, la gente de buen tono no se llama con esos nombres tan feos de Gerónima, Andrea, Juana ó Manuela? ¡Puf! eso huele á plebe; eso es muy antiprogresista.

Antonio—Sí! y tú por entrar en ese progreso, que maldito sea él, estás botando los reales que con tantos trabajos juntamos en tiempos mas felices. Tú creés, Chomba, que ha de volver ese año 25; en que con doce gallinas de principal y un poco de yucas de las que hacías pastelillos, reunimos cerca de dos mil pesos, los cuales cuadruplicamos en el sitio del Callao, donde les guisábamos las ratas, y pericotes, y agenciando de este y otros modos pasó á nuestro poder el dinero que llevaron los señores Aliaga, Torregale y otros de estas campanillas? Ya has visto que despues de esas épocas de bienandanza, no he podido adelantar gran cosa. En donde me iba mejor era en la mantequería, pero tú me la hiciste dejar, diciendo: que no era regular que habiendo entrado tú en la alta sociedad fuera tu marido mantequero; despues el almacén de losa que puse fué para mayor descalabro, porque estos gringos sin conciencia la mayor parte nos las traen quebradas. Ultimamente con la tienda de comercio que me hiciste poner, hemos ido de mal en peor, porque como yo no soy sino un pobre asturiano, y no un *Mister* ó un *Mucú*, nunca señorito ó caballero de... de... los de suposición, quería degradarse entrando en una tienda que no era de moda; así es que me he visto precisado á traspasarla, de cuyo traspaso solo he sacado libres sesenta mil pesos los que he puesto en poder del honrado comerciante Silvateri, para que no corran algun fracaso; pero con este baile condenado que se te ha puesto dar vas á desmembrar esta cantidad que es lo único que nos queda para dote de mis pobres hijas.

Chomba—No seas tonto, ¿no ves que de este baile pueden sacar ellas matrimonios ventajosos con sujetos de la primera nobleza ó mas bien, que es lo que mas agradaría, con algunos extranjeros ya cónsules, ó dueños de casas de comercio. Y aunque no fuera por esta razon, sin mas que ver que en todos estos días han dado bailes suntuosos todos los de la alta aristocrácia, debemos darlos nosotros tambien, porque sino nos tendrán en ménos.

Antonio—Pero, mujer de Dios, si nosotros no somos aristocracia, porque yo soy un pobre español que vine de grumete en la "Esmeralda," y tú, eres hija de la parda ña Cayetana, que Dios la tenga en su descanso y mira que todavia vive tu tia Rita para que pretendas ser aristocracia.

Chomba—¿Qué importa eso? pero soy hija de un conde, aunque no lo fuera, la plata y el lujo que gasto me han puesto á su nivel.

Antonio—¿Y no temes que esas personas de alta alcurnia despues que te hayan llenado de cariño y lisonjas y se hayan engullido tus helados y conservas, tan luego como vuelvan la espalda te cortarán un vestido bien ajustado.

Chomba—¿Y te parece que todo lo que reluce es oro? Hum... ¡qué engañado estás! yo tambien les pago en la misma moneda.

Antonio—Pero lo cierto es que nuestra moneda está pagando ese cambio de falsedades.

Chomba—¿Qué se ha de hacer? esa es la moda, y si yo no hubiese hecho tantos esfuerzos para entrar en ella por tal de que mis hijas figuren entre las mas encopetadas señoritas, á la fecha las pobrecitas hubieran estado oscurecidas y tal vez se habrían casado con algun pulpero italiano ó con algun *mercachifle* de las calles; pero ahora ¡oh! eso es otra cosa, ahora se casarán con los señoritos mas... como los llaman Chomba ó quiero decir Griselda. Ah! ya me acuerdo, con los señoritos *fas-honables*, y esto á quien se lo debieran será á mí sola, porque tú como un galápago no te habrias movido nunca del tendejón en que me tenias metida cuando nos casamos.

Antonio—¡Cuánto mas felices serian ellas si no se hubiesen movido de ese tendejón! porque hasta ahora conservaria todo el dinero que les habíamos reunido, aunque se casaran con pulpero ó *mercachifle*, éstos en lugar de disminuir como tú lo haces, adelantarian el capital y sobre todo no les echarian en cara su humilde nacimiento, mientras que ahora esos grandes señores con quienes quieres que estén en íntimas relaciones, en lugar de casarse con ellas querían reirse y entónces ¿quién responderá de su suerte?

Chomba—Calla, que tú verás con el lustre que las coloco.

Antonio—Ojalá sea así; pero lo dudo mucho y mas ahora que nuestro capital está en el *item misa est*.

JUANA M. LAZO DE ELES PURO.

(Continuará.)

EN EL ALBUM DE DELFINA.

Cuándo arrojado Adán del Paraíso
Se detuvo á admirarlo en su dintel,
Airado el Ángel le mostró un camino
Y él lo siguió con vacilante pié.

Eva lloraba: lágrimas caían
De sus ojos al árido arenal,
Y al fuerte brazo del esposo asida,
Sus labios enjugaban las de Adán.

Así proscrito, mi postrer saludo
Al Cauca, peregrino, dirijí,
Cuando una noche de pomposo luto
Empezaba sus montes á cubrir.

En vano el Funza desplegó á mis ojos
Sus verdes pampas y horizonte azul;
Del Cauca los aromas voluptuosos
No hallaba allí, ni de su sol la luz.

Hoy de mi patria en el umbral te encuentro,
Como el ángel terrible, ángel tambien;
Pero ángel amoroso y de consuelo
De oliva orlada la marmórea sien.

Bien venido el proscrito á quien tú muestras
Así el camino de su dulce hogar,
Arcángel digno de guardar las puertas
Que abre á sus hijos mi país natal.

Hay algo de sus noches de verano
En tu mirar que alivia el corazón,
El suave aroma de mis bosques patrios
Deja, si danzas, tu ropaje en pos:

De tu acento en la música hay sonidos
Que errante en los desiertos escuché...
Turpial lujoso de los bosques míos,
Ama y canta feliz en tu verjel.

JORJE ISAACS.

Popayan, Diciembre de 1864.

UN VIREY HEREJE

Y UN CAMPANERO BELLACO.

Crónica de la época del Virey Conde de Alba de Aliste.

I.

Azotes por un repique.

EL templo y convento de los padres agustinos estuvieron primitivamente establecidos en el sitio que ahora es iglesia parroquial de San Marcelo, i. e. a. 1573 se efectuó la traslación á la vasta área que hoy ocupan, no sin gran litigio y controversia de domínicos y mercedarios que se oponían al establecimiento de otras órdenes monásticas.

En breve los agustinos, por la austeridad de sus costumbres y por su ilustracion y ciencia, se conquistaron una especie de supremacía sobre las demas religiones. Adquirieron muy valiosas propiedades, así rústicas como urbanas, y tal fué el buen manejo y acrecentamiento de sus rentas que, durante mas de un siglo, pudieron distribuir anualmente, por semana santa, cinco mil pesos en limosnas.

Los teólogos mas eminentes y los mas distinguidos predicadores pertenecían á esta comunidad; y de los claustros de San Ildefonso, colegio que ellos fundaron para la educacion de sus novicios, salieron hombres verdaderamente ilustres.

Por los años de 1656, un limeño llamado Jorge Escoiquiz, moceton de veinte abriles, solicitó vestir el hábito; pero como manifestase mas disposicion para la truhanería que para el estudio, los padres que no querían tener en su noviciado gente molondra y holgazana trataron de expulsarlo. Mas, el pobrete encontró valedor en uno de los caracterizados conventuales, y los religiosos convinieron caritativamente en conservarlo y darle el elevado cargo de campanero.

Los campaneros de los conventos ricos tenían por subalternos dos muchachos esclavos, que vestían el hábito de donados. El empleo no era, pues, tan despreciable cuando él que lo ejercía, aparte de seis pesos de sueldo, casa, refectorio y manos sucias, tenía bajo su dependencia gente á quien mandar.

Tampoco era destino para dormir á piernas sueltas; pues si hubo y hay en Lima oficio asendereado y que reclame actividad es el de campanero; mucho mas en los tiempos coloniales en que abundaban las fiestas religiosas y se echaban á vuelo las campanas, por tres días lo menos, siempre que lle-

gaba el cajón de España con la plausible noticia de que al infante real le había salido la última muela ó librado con bien del sarampion y la afombilla.

Comprueba que era ya mania nacional esto de atronar los oídos del vecindario con el zumbido de los bronces cuya invención se atribuye á San Paulino, obispo de Nola, la respuesta que un magnate, recién regresado á la corte, dió al rey que le preguntaba por lo que habitualmente sucedía en Lima—Repicar y quemar cohetes.

Hasta principios del siglo pasado no se conocían en Lima mas carruajes que las carrozas del virey y del arzobispo, y cuatro ó seis calesas, pertenecientes á oídores ó títulos de Castilla. Poco á poco fué cundiendo el lujo de hacerse arrastrar, y sabido es que, ya por los tiempos de Amat, pasaban de mil los vehículos que, el día de la Porciúncula, lucían en la Alameda de los Descalzos.

Los campaneros y sus ayudantes, que vivían de perenne atalaya en las torres, tenían orden de repicar siempre que por la plazuela de sus conventos pasasen el virey ó el arzobispo, práctica que se conservó hasta los tiempos del marqués de Castel-fuerte.

Parece que el virey conde de Alba de Aliste que, como verá el lector mas adelante, sus motivos tenía para andar escamado con la gente de iglesia, salió un domingo, en coche y con escolta, á pagar visitas. El ruido de un carruaje era en esos tiempos un acontecimiento tal que las familias, confundiendo con el que precede á los temblores, se lanzaban presurosas á las puertas de calle.

Hubo el coche de pasar por la plazuela de San Agustín; pero el campanero y sus adlateres se hallarían probablemente de regodeo y lejos del nido, pues no se movió bado en la torre. Chocóle esta desatención á su excelencia y, hablando de ella en su tertulia nocturna, tuvo la lijereza de culpar al prior de los agustinos. Súpolo este y fué al día siguiente á palacio á satisfacer al virey de quien era amigo personal; y averiguada bien la cosa, el campanero, por no confesar que no había estado en su puesto, dijo:—que aunque vió pasar el carruaje no creyó obligatorio el repique, pues los bronces benditos no debían alegrarse por la presencia de un virey hereje.

Para Jorge no era este el caso del obispo D. Carlos Marcelo Corni que cuando en 1621, después de consagrarse en Lima, entró á Trujillo lugar de su nacimiento y cuya diócesis iba á rejir, exclamó:—Las campanas que repican mas alegremente lo hacen porque son de mi familia, como que las fundió mi padre nada menos—Y así era la verdad.

La falta, que pudo traer grave desacuerdo entre el representante del monarca y la comunidad, fué calificada por el defensor como digna de severo castigo, sin que valiese la disculpa al campanero; pues no era un pajarraco de torre el llamado á calificar la conducta del virey en sus querellas con la Inquisición.

Y cada padre, armado de disciplina, descargó un ramalazo penitencial, sobre las desnudas espaldas de Jorge Escoiquiz.

II.

El virey hereje.

Abramos un paréntesis para echar un parrafillo sobre historia.

El excelentísimo señor don Luis Henriquez de Guzman, conde de Alba de Aliste y de Villafior, fué el primer grande de España que vino al Perú con el título de virey, en 1655, después de haber servido igual cargo en Méjico. Magistrado de buenas dotes administrativas y hombre de ideas harto avanzadas para su época, su gobierno es notable en la historia únicamente por un cúmulo de desdichas. Los seis años de su administración fueron seis años de lágrimas, luto y zozobra pública.

El galeon que bajo las órdenes del marqués de Villarubia conducía á España cerca de seis millones, en oro y plata, y seiscientos pasajeros, desapareció en un naufragio, en los arrecifes de Chanduy, salvándose únicamente cuarenta y cinco personas. Rara fué la familia de Lima que no perdió allí algun deudo.

Un año después, en 1656, el marqués de Baides que acababa de ser gobernador de Chile, se trasladaba á Europa con tres buques cargados de riquezas y, vencido en combate naval, cerca de Cadiz, por los corsarios ingleses, prefirió á rendirse pegar fuego á la Santa-Bárbara de su nave.

Y por fin, la escuadrilla del general don Pablo Contreras que, en 1652, zarpó de Cadiz conduciendo mercancías para el Perú, fué desecha en un temporal, perdiéndose siete buques.

Pero para Lima la mayor de las desventuras fué el terremoto del 13 de Noviembre de 1655. Publicaciones de esa época describen minuciosamente sus estragos, las procesiones de penitencia, y el arrepentimiento de grandes pecadores; y á tal punto se aterrorizaron las conciencias que se vió el prodigio de que muchos pícaros devolvieran á sus legítimos dueños fortunas usurpadas.

El 15 de marzo de 1657 otro temblor, cuya duración pasó de un cuarto de hora, causó en Chile inmensa congoja; y últimamente la tremenda erupción del Pichincha, en Octubre de 1660, son sucesos que bastan á demostrar que este virey vino con aciaga estrella.

Para acrecentar el terror de los espíritus, apareció, en 1660, el famoso cometa observado por el sabio limeño Lozano, que fué el primer cosmógrafo mayor que tuvo el Perú.

Y para que nada faltase á este sombrío cuadro, la guerra civil vino á enseñorearse de una parte del territorio. El indio Pedro Bohorques, escapándose del presidio de Valdivia, alzó bandera proclamándose descendiente de los incas y, haciéndose coronar, se puso á la cabeza de un ejército. Vencido y prisionero, fué conducido á Lima donde lo esperaba el patíbulo.

Jamaica, que hasta entonces había sido colonia española, fué tomada por los ingleses y se constituyó en foco del filibusterismo que durante siglo y medio tuvo en constante alarma á estos países.

El virey, conde de Alba de Aliste, no fué querido en Lima por la despreocupación de sus ideas religiosas, creyendo el pueblo, en su candoroso fanatismo, que era él quien atraía sobre el Perú las iras del cielo. Y aunque contribuyó á que la Universidad de Lima, bajo el rectorado del ilustre Leon Pinelo, celebrase con gran pompa el breve de Alejandro VII sobre la Purísima Concepción de María, no por eso le retiraron el apodo de *virey hereje* que un egregio jesuita, el padre Alloza, había contribuido á generalizar; pues, habiendo asistido su excelencia á una fiesta en la iglesia de San Pedro, aquel predicador lo sermoncó de lo lindo porque no atendía á la palabra divina, distraído en conversacion con uno de los oídores.

Don Luis Henriquez de Guzman tuvo la desgracia de vivir en guerra abierta con la Inquisición, tan omnipotente y prestigiosa entonces. El virey, entre otros libros prohibidos, había traído de Méjico un folleto escrito por el holandés Guillermo Lombardo, folleto que, en confianza, mostró á un inquisidor ó familiar del Santo Oficio. Mas éste lo denunció y, el primer día de Pascua de Espíritu Santo, hallándose su excelencia en la Catedral con todas las corporaciones, subió al púlpito un comisario del Tribunal de la fé y leyó un edicto, compeliendo al virey á entregar el libelo y á poner á disposición del Santo Oficio á su médico Carlos Wandier, sospechoso de luteranismo. El virey abandonó el templo con gran indignación y elevó á Felipe IV una fundada queja. Surgieron de aquí serias cuestiones, á las que el monarca puso término reprobando la conducta inquisitorial; pero aconsejando amistosamente al de Alba de Aliste que entregase el papehucho motivo de la querrela.

En cuanto al médico, el noble conde lo libertó de caer bajo las feroces garras de los torniceros, haciéndolo entre gallos y media noche, embarcarse para Europa.

En Agosto de 1661, y después de haber entregado el gobierno al conde de Santisteban, regresó á España el de Alba de Aliste muy contento de abandonar una tierra en la que corría el peligro de que lo convirtiesen en chicharron, quemándolo por hereje.

III.

La venganza de un campanero.

Es probable que á Escoiquiz no se le pasara tan aínas el escozor de los ramalazos, pues juró en sus adentros vengarse del melindroso virey que tanta importancia diera á repique mas ó menos.

No había aun trascurrido una semana desde el día del vapuleo cuando una noche, entre doce y una, las campanas de la torre de San Agustín echaron un largo y entusiasta repique. Todos los habitantes de Lima se hallaban á esa hora entre palomas y en lo mejor del sueño, y se lanzaron á la calle preguntándose cual era la halagüeña noticia que con lenguas de bronce festejaban las campanas.

Su excelencia don Luis Henriquez de Guzman, sin ser por ello un libertino, tenía su trapicheo con una aristocrática dama y cuando, dadas las diez, no había ya en Lima quien se aventurase á andar por las aceras, el virey salía de tapadillo, por una puer-

ta excusada que cacá la calle de los Desamparados, muy rebujado en el embozo y, en compañía de su mayordomo, encaminábase á visitar á la hermosa que le tenía el alma en cautiverio. Pasaba un par de horitas en sabrosa intimidad y, despues de media noche, se regresaba á palacio con la misma cautela y misterio.

Al siguiente día, fué notorio en la ciudad que un paseo nocturno del virey habia motivado el importuno repique. Y hubo corrillos y mentidero largo en las gradas de la Catedral; y todo era murmuraciones y conjeturas, entre las que tomó cuerpo y se abultó infinito la especie de que el señor conde se recataba para asistir á algun misterioso conciliábulo de herejes; pues nadie podia sospechar que un caballero tan serioso anduviese á picos pardos y con tapujos de contrabandista como cualquier mozalvete.

Mas su exelencia no las tenia todas consigo, y recelando una indiscrecion del campanero hizolo secretamente venir á palacio, y encerrándose con él en su camarín le dijo:

—¡Gran tunante! ¿quién te avisó anoche que yo pasaba?

—Señor exelentísimo,—respondió Escoiquiz sin turbarse—en mi torre hay lechuzas.

—¿Y qué diablos tengo yo que ver con que las haya?

—Vuesencia, que ha tenido sus dimes y diretes con la Inquisicion y que anda con ella al morro, debe saber que las brujas se meten en el cuerpo de las lechuzas.

—¿Y para ahuyentarlas escandalizaste la ciudad con tus cencerros? Eres un bribon de marca, y tentaciones me entran de enviarte á presidio.

—No seria digno de vuesencia castigar con tan extremo rigor á quien como yo es discreto, y que ni al cuello de su camisa le ha contado lo que trae á todo un virey del Perú en idas y venidas nocturnas por la calle de San Sebastian.

El caballeroso conde no necesitó mas apunte para conocer que su secreto, y con él la reputacion de una dama, estaba á merced del campanero.

—Bien! Bien!—le interrumpió.—Ata corto la lengua y que el badajo de tus campanas sea tambien mudo.

—Lo que es yo, callaré como un difunto, que no me gusta informar á nadie de vidas ajenas; pero en lo que atañe al decoro de mis campanas no cedo ni el canto de una niña, que no las fundió el herrero para rufianas y tapadoras de paseos pecaminosos, Si vuesencia no quiere que ellas den voces, facilillo es el remedio. Con no pasar por la plazuela salimos de compromisos.

—Convenido. Y ahora, dime, ¿en qué puedo servirte?

Jorge Escoiquiz, que como se vé no era corto de génio, rogó al virey que intercediera con el prior para volver á ser admitido en el noviciado. Hubo su exelencia de ofrecérselo, y tres ó cuatro meses despues el superior de los agustinos relevaba al campanero. Y tanto hubo de valerle el encumbrado protector que, en 1660, frai Jorge Escoi-

quiz celebraba su primera misa, teniendo por padrino de vinageras nada menos que al virey hereje.

Segun unos, Escoiquiz no pasó de ser un fraile de misa y olla; y segun otros, alcanzó á las primeras dignidades de su convento. La verdad quede en su lugar.

Lo que es para mí punto formalmente averiguado es que el virey, cobrando miedo á la vocingleria de las campanas, no volvió á pasar por la plazuela de San Agustin, cuando le ocurría ir de galanteo á la calle de San Sebastian.

Y aquí hago punto y rubrico.
Sacando de esta conseja
La siguiente moraleja:—
Que no hay enemigo chico.

RICARDO PALMA.

Lima, Enero de 1875.

TU LO HAS DICHO.

(A MI AMIGO EDUARDO J. SALAS.)

I

Tu lo has dicho: en el fondo de mi alma
Hay un dolor intenso una honda pena,
Que de ella apartan la dichosa calma
Que hace la vida plácida y serena.

Tu has sabido leír lo que se oculta
Aquí en mi corazon que sufre á solas;
La desgracia que el mundo injusto insulta
Como del mar, al náufrago, las olas.

Y como no sufrir en tierra estraña,
Léjos del seno amante de una madre,
Viviendo de un recuerdo que no engaña:
La tumba de un amor y la de un padre!

Ramo que arranca del nativo tronco
El viento inexorable del destino,
Para llevarlo con acento ronco
A la muerte entre oscuro torbellino;

Pájaro errante que perdió su selva
Y pierde al fin la fuerza de su ala,
Que es imposible á remontarse vuelva
Al cielo azul y que un gemido exhala,

Imágen son de la existencia mia!
Soy el ramo del árbol desprendido,
El pájaro que llora en su agonía
La verde selva en que dejó su nido.

II

Tú lo sabes Eduardo! . . . ah! la sonrisa
Que á mis labios asoma algunas veces
No la evoca el placer! . . Ella te avisa
Que mi cáliz apuro hasta las heces.

Mas ¿para que mostrar el cruel quebranto
Que amarga de la vida cada hora?
¿A que dejar correr el triste llanto
Que el corazon ahoga ó lo devora?

Corra por dentro sí; y mientras llena
La incolmable medida del dolor,
Una sonrisa engañará mi pena
Ocultando del alma el torcedor.

Á qué contar pesares que no hallan
Corazon que les preste simpatía
Confidencias de duelo? . . . esas se callan,
La desgracia veraz no se confía.

Vive mi corazon, que sufre y ama,
Y no sufrir ni amar eso es la muerte:
El amor y el dolor son doble llama
Sin dolor sin amor, todo es inerte.

El dolor del placer no es, nó, mi pena,
El goce del dolor, ésa es la mia:
No ha forjado el hastío la cadena
Que unció mi vida al sufrimiento un día.

III

Amé la vida! amable la fortuna
Miróme solo en la niñez pristina,
Y, á par que me alejaba de la cuna
Mi planta hirió una espina y otra espina.

Y amó la vida aún! . . . y hallo un hermano
En cada desgraciado de la vida:
Jamás rehuí la temblorosa mano
Del que mostrome su enconada herida.

Nunca la honra se infamó en mis labios
Ni mancilló mi mano la pureza;
Jamás al débil infijile agravios
Ni humillóme del fuerte la fiereza.

Huí de esos vestigios que en el mundo
La forma usurpan y la voz del hombre,
Hidras que el mal alientan furibundo
Y, á quien Dios mismo les deniega nombre.

Huí de ellos por el mal, no por el miedo
Que combatirlos supe frente á frente,
Y aunque pusieron á mi planta enredo,
Rompí el enredo y quebranté su diente.

Mas fué ruda la lid! . . . Y ¿cuantas veces
Tendré aun que lidiar en la existencia? . . .
La Justicia tambien tiene reveces
Y no siempre triunfa la inocencia.

IV

Y podré ser feliz? . . . Yo no ambiciono
Fama, gloria, ni sórdida riqueza
El hogar del amor y el abandono
De este mundo venal y sus grandezas,

Un corazon que se una con el mio
En dulcísima y fácil concordancia,
Como dos olas de tranquilo rio
Cual dos notas de suave resonancia,

Es todo lo que anhelo . . . Mas en dónde
Esa alma encontraré que busco en vano?
Cuando encontrarla creo, élla se esconde
Ó esquiva huye al tacto de mi mano.

Tú lo sabes, Eduardo, que has sentido
Acaso alguna vez lo que yo siento,
Que como yo tal vez tienes herido,
Del noble corazon el sentimiento.

Mas puedes esperar, con sus albores
El sol de la esperanza te ilumina,
El mio ya con tristes resplandores
En un mar de recuerdos se reclina.

Empero, entre la noche de mi vida
He visto aparecer, allá á lo léjos,
Una tímida estrella que escondida
Entre nubes me muestra sus reflejos.

Mas no puedo saber si su alba humbre
Á mí dirige el arjentino rayo,
Á otro cielo tal vez ella se encumbra
Y á mí me deje en mi letal desmayo.

Ah! si fuera la estrella redentora
Que Dios benigno para guiarme avanza,
Mi noche se trocara en linda aurora
Y otra vez reviviera mi esperanza.

Vana ilusion! . . . el ave de la selva
No anida en árbol que deshoja estío,
Ni se enreda la blanda madreselva
En tronco sin raíz que lleva el rio

Tal ha sido mi vida, buen Eduardo,
Y cual presiento, así mi porvenir.
De mi oculto dolor sereno aguardo
Que la muerte me venga á redimir.

M. ZUÑIGA FREIRE.

Lca, Noviembre 1874.

CONDICION DE LA MUJER Y EL NIÑO

EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.

QUIZAS no existe rasgo mas notable en la fisonomía social de los Estados Unidos, que la condicion de la mujer y del niño. Es tan profundo el sentimiento de respeto y afecto hácia ambos, que se le puede calificar como una religion: y es al mismo tiempo tan universal que se le observa inalterable en todas las clases de la sociedad, en cualquier punto del país. Cada hombre es allí *de hecho* el protector natural de esos dos frágiles seres que encierran el uno la felicidad, el otro la esperanza de la vida; por donde puede valorizarse el verdadero fondo de moral encerrado en el carácter de ese pueblo, y lo que promete á la civilizacion del mundo, una república que á la rudeza de su poderosa libertad ha unido la delicada virtud de enaltecer lo que tiene de mas poético la especie humana.

El extranjero se queda atónito en los Estados Unidos cuando contempla esa multitud de mujeres de cualquiera edad, que se encuentra en los vapores y caminos de hierro, recorriendo enormes distancias y atravesando ciudades que jamás ha visitado antes, sin que se le ocurra concebir el menor recelo por su seguridad. Parece un enigma que semejante cosa se realice á cada momento en el seno de un país tan populoso, donde tienen que hallarse necesariamente muchos de los malos instintos y pasiones que en todo el mundo dan origen á los crímenes de los cuales, la mujer, es la víctima mas fácil; pero cualquiera que sea la causa que lo ha producido, el hecho es indudable. La costumbre ha llegado á modificar el carácter á punto de inspirarle con un sello distintivo ese respeto, esa proteccion siempre pronta á acudir en auxilio de la mujer y del niño no por una vana ostentacion, sino por la conciencia de un deber imprescindible y sagrado. ¡Honor y veneracion á tan noble costumbre!

La libertad de la mujer no está coactada por ninguna fuerza, ni tiene otros límites que aquellos trazados por el decoro y las conveniencias sociales. Como miembro de una familia, nadie le disputa el derecho de cuidar de su honra y su bienestar, y de ser el guardian de su propia persona. Siendo la educacion buena y estando al alcance de todos, cada mujer conoce sus deberes, y no puede alegar ignorancia ó imprevision para disculpar sus faltas; de manera que hallándose en aptitud de aceptar la responsabilidad de su conducta, no se le ocurre á nadie la idea de humillarla con un celo ofensivo é impertinente, y los cerrojos y las celocías no existen para ella. La hija de familia recibe sola en el salon á sus amigos, á quienes los mismos padres no conocen á veces por haber faltado oportunidad de que les fuesen presentados; pero como sería insultarla y degradarla manifestar la mas leve duda de su carácter, los padres son los primeros en consentir esa libertad que no encierra ningun peligro verdadero. La jóven en su casa y fuera de ella está bajo el amparo de sí misma, de la sociedad entera, y de la ley del Estado, que todos respetan y obedecen: proteccion mas que suficiente para ponerla al abrigo de toda clase de abusos.

He dicho que no hay peligro para la mujer en esa libertad, y es cierto; porque la seducción es uno de los malos negocios que puede hacer un hombre en los Estados Unidos. La ley es inexorable en esa materia; de modo que el seductor tiene que casarse inmediatamente con su víctima, ó elejir entre cinco ó mas años de prision, y una multa arbitraria por via de dote. Se ve, pues, que la generalidad de los hombres no ha de inclinarse á caprichos que suelen costar tan caro; y que, por consiguiente, la mujer está garantida contra la seducción.

Se dirá que en ciertos casos es imposible probar la culpabilidad del hombre; pero entónces, la ley, inclinándose á favor del débil, admite el juramento de la mujer como prueba irrefragable, rechazando toda prueba de lo contrario. Este rigor exajerado no es injusto; porque en un país donde cada persona, hombre ó mujer, sabe el valor de su reputacion, y cuenta sobre su crédito como capital, no se encontraria una sola mujer capaz de difamarse á sí misma por el interés de una suma de dinero. Faltando allí el aguijon de la miseria, la calumnia contra un hombre sería un acto de pura depravacion que solo podria ser intentado por esos seres degradados que hacen del vicio una profesion, y de la deshonra una industria.

No es la ley la única proteccion de la mujer, ni tampoco la mas eficaz. Su mejor garantía está en las costumbres de la sociedad en que vive. Así, por ejemplo, una jóven de diez y ocho años que viaja sola, encuentra en todos los vapores un salon destinado exclusivamente á su sexo, servido por mujeres, y libre de todo contacto con los pasajeros del otro salon. Lo mismo sucede en cualquier hotel en que quiera alojarse; y en una palabra, puede estar rodeada de señoras hasta el fin de su viaje, sin hablar con un solo hombre. En los trenes hay carros en que duermen las señoras; y en el extremo opuesto se halla el destinado á los otros pasajeros; y como la mujer puede enviar desde su casa á comprar los boletos, no necesita, en efecto, ponerse en contacto con hombre alguno hasta llegar á su destino.

En caso de accidentes abordo, ó en el camino, es sabido que la mujer es lo primero en cuyo auxilio acuden todos. Cuando el "Central America" naufragó frente al cabo Hatteras, solo quedaban dos botes para seiscientos pasajeros. El capitán ordenó que las mujeres y los niños se embarcasen en ellos; y todos vieron sin proferir un murmullo, alejarse las únicas embarcaciones que debian salvar (y salvaron) lo que habia de mas precioso entre las vidas que existian allí en ese momento. Este rasgo de noble y santa abnegacion es cosa que se repite en los Estados Unidos á cada rato.

La preferencia concedida á la mujer sobre el hombre es, no solo justa, sino necesaria en un país donde cada paso avanzado por la industria en su rápido progreso, excluye de la produccion y de la fabricacion un número mas ó menos considerable de brazos; y á pesar de que por ese método se abaratan muchos artículos, y se hace ménos costosa la vida; el resultado momentáneo pes la desocupacion de las manos antes ocupadas en aquellas labores, y la miseria contra la cual tiene menos elementos la mujer

por su misma debilidad física y moral. En Estados Unidos se prefiere el trabajo de esta al de aquel para todo lo que ella puede hacer. Así, la mayoría de empleados en las fábricas de tejidos de algodón y otras telas, en las imprentas, en muchos talleres de litografía y grabado &c., se compone de mujeres de diez y seis á veinte años. La industria alimenta de ese modo á centenares de miles de mujeres, cuya condicion es comunmente muy superior en comodidades y goces á lo que se puede imaginar desde luego. En muchas ciudades, especialmente en Boston, los fabricantes hacen construir edificios espaciosos, perfectamente alumbrados y ventilados, divididos en una multitud de pequeños departamentos, donde viven las obreras. Allí se les dá tambien el alimento en mesa comun, y reciben, ademas, una cantidad en dinero para sus gastos de vestido, calzado, &c. Este plan, que ahora comienzan á copiar los fabricantes en Europa, ofrece una economía muy considerable al empresario, y al mismo tiempo proporciona á las jóvenes que viven de su trabajo una posicion mucho mas cómoda que la que podrian obtener por sus propios esfuerzos, si se encontrasen aisladas unas de otras en la sociedad.

El mismo sistema suele seguirse con los niños. Desde algun tiempo á esta parte se han establecido casas semejantes para los que reparten ó venden periódicos [*newspaper boys*]; de manera que un chiquillo de nueve ó diez años, que gana en esta industria desde tres hasta seis reales al dia, tiene mas comodidades que muchos hombres á quienes su trabajo les produce el doble ó el triple. En algunas de esas casas suele dárseles tambien clases de instruccion primaria y elemental y lecciones orales de religion en las horas que el trabajo les deja desocupados. El número de niños empleados solo por la prensa periódica se calcula en mas de veinte mil en la ciudad de Nueva York, y en cerca de medio millon ó mas en todo el territorio de los Estados Unidos.

Las mujeres gozan con excepcion de los derechos políticos, todos los derechos del hombre y pueden aspirar á todas las posiciones compatibles con el carácter de su sexo. En varios de los Estados pueden contratar libremente, comprar, vender, administrar bienes &c. Ejercen el derecho de asociacion reuniéndose en clubs, algunos de los cuales cuentan centenares de miembros; dan lecturas públicas sobre materias muchas veces graves y difíciles; publican libros de todo género y muchas de ellas han llegado á ser plumas influyentes en la prensa periódica. Hay autora á quien se paga 200 \$ por cada columna como lo hace el LEDGER, periódico literario de Nueva-York, que cuenta medio millon de suscritores. En los Estados Unidos no se considera ridículo que una señorita de diez y ocho años concurra á las escuelas y academias; que viva con el trabajo de su inteligencia ó de sus manos; que estudie ó que escriba como un hombre; y, en fin, que sienta y haga sentir á todos su dignidad de persona y su poder como inteligencia. El autor de *La Cabaña del Tío Tom* es una señora. Hé ahí de qué modo la civilizaci6n enaltece á la mujer.

Si mas bello y digno de aprecio es el modo como cumple su mision de amor y bondad en la vida: ella ha promovido y reali-

zado el patriótico y nobilísimo pensamiento de rescatar el sepulcro de Jorge Washington: se la encuentra donde quiera que hay una miseria ó un infortunio que remediar: sostiene y fomenta las ferias para el alivio del pobre: enseña y socorre á los niños en las escuelas dominicales: su solicitud escudriña todos los rincones de la sociedad para descubrir desgracias que socorrer, males que combatir, esperanzas que sostener, y es en todos sentidos digna del amor y reconocimiento de los hombres.

J. ARNALDO MARQUEZ.

PROLOGO DE DÉCIMO LABERIO.

Caballero romano, obligado por Julio César á salir á las tablas á representar en la farsa que él mismo habia escrito.

TRADUCIDO DEL LATIN.

Necesidad, cuyo rigor tirano
Quisieron tantos eludir en vano:
¡Qué trance reservado le tenías
A mis últimos dias!
Yo que de jóven pude con denuedo
Resistir al poder, al oro, al miedo;
Yo á quien fuerza ninguna ni largueza
Pudo arrastrar jamás á una baja:za:
Héme que anciano, cedo
Al ruego, á la elocuencia
De un varon de tantísima excelencia.
¿Fuera mi negativa tolerable (dable?)
Cuando en los mismos Dioses aún no es
Treinta años y otros treinta
Incólume he vivido y sin afrenta,
Y hoy, caballero de mi casa salgo,
Y cuando vuelvo á ella ménos valgo:
Este dia no cuenta en mi existencia.
¡Oh fortuna insensata! si querias
Manchar las glorias mias,
¿Por qué objeto no fuí de tu exigencia
En la dócil, flexible adolescencia?
Tierno entónces y grácil,
Al pueblo y al gran César
Tal vez satisfacer me fuera fácil;
Mas hoy, ¿qué dotes ya traigo á la escena?
¿Presencia, animacion, voz que enagena?
Todo me falta ahora!
Como acaba la yedra trepadora
Con el árbol que enlaza,
Tal la edad, que me abraza
Con el múltiple anillo de los años,
Me agobia con sus daños;
Semejante al sepulcro, solo el nombre
Conservo ya del hombre—

JUAN DE ARONA.

TRADUCCION LIBRE.

(Á PEDRO ANTONIO VARELA.)

EL CESANTE.

Traduccion muy importante
Quiero hacer, por que interesa:
En el dia es el *Cesante*
Un varon de mucho aguante
Por que de sufrir *no cesa*.

EL JUBILADO.

No mas que el significado
En la nueva version veo:
Tanto ha salido y entrado
A la cája, el *Jubilado*
Que es el hombre un jubileo.

LA PENSIONISTA DE GRACIA.

Su *pension*, con gran audacia,
Pide, y suelta la sin hueso,
¡Que viva la democracia!
No tiene la hembra mas *gracia*
Que la que le dió el Congreso.

EL VENCEDOR.

Invencible sitiador:
Venció en Junin, con fiereza
Vence hasta al Cid Campeador
Y al antiguo *vencedor*,
Lo derrota la pobreza!

ACISCLO VILLARÁN.

CODICIA.

Si hay una pasion fecunda en injusticias
Capaz de sofocar los sentimientos de honor y probidad, de introducir la division y discordia entre las familias, es la codicia; quiero decir, el amor desordenado de las riquezas y de los bienes de este mundo.

¿De dónde provienen esos fraudes tan comunes, esos medios de enriquecerse tan rápidos como ilegítimos, esas crueles especulaciones ejercidas sobre las necesidades de otro, que hacen comprar un socorro momentáneo por una ruina mas tardia pero inevitable? ¿Por qué esas bárbaras resistencias para pagar al artesano, al doméstico, el precio de su sudor y trabajo, esas violaciones de la fé jurada, esas querellas que arman al hermano contra el hermano, á la esposa contra el esposo y algunas veces al hijo contra el padre? ¿Cuál es la causa de esas empresas locamente temerarias para llegar de un modo súbito á la cumbre de la fortuna, que con demasiada frecuencia terminan con caídas deshonorosas, cuya repercusion resuena á lo léjos y lleva la alarma, quizá, la miseria á cien familias á la vez? ¿De dónde nacen todos estos desórdenes? ¿Cuál es su fuente principal? ¡La codicia! Y, cuando este desenfrenado amor de las riquezas se apodera de todas las almas, cuando no se vé ni respira sino para adquirirlas y proporcionarse los goces que ofrecen, cuando una nacion merece el reproche que el poeta de la antigua Roma hacia á sus contemporáneos de colocar la virtud despues del dinero, *virtus post nummos*, entónces ¿qué viene á ser la buena fé, el honor, la nobleza de las ideas y de los sentimientos? ¿Qué vienen á ser las virtudes domésticas y públicas? ¿No es indispensable que todo degenera, que todo se envilezca y que la codicia sea un abismo donde van á sepultarse el Estado y las familias?

M.

COLABORACION ARGENTINA.

A TERESA.

Teresa, eres bella, cual perla de oriente,
Que cae bendecida de un cielo de amor;
El génio revela tu pálida frente.
El génio sublime, destello de Dios.

Son fuego tus ojos, arcángel querido,
Cual ellos no brillan las ondas del mar:
Tu voz que conmueve, resuena en mi oído
Muy mas melodiosa que dulce cantaa!

¿No escuchas la brisa que tierna murmura?
¿No aspiras la esencia que exhala la flor,
Balsámica y suave, cual nota que augura
Un hombre á tus plantas pidiéndote amor?

Si late tu seno, si hay vida en tu vida
Amor al poeta podrás conceder,
Que fué mi destino, Teresa querida,
Al verte, adorarte con todo mi ser!

Si hay vida en tu vida...si vale mi ruego,
Te pido, bien mio, palabras de amor
Por estos mis tiernos suspiros de fuego
Y en tanto tu nombre bendiga el Señor.

BERNABÉ DEMARIA.

Buenos-Aires, 1874.

SOBRE LA TUMBA DE SU HIJA.

Envuelta entre su manto sigue muda
Marchita por la pena y la aficcion;
El perfil de su rostro se destaca
Entre los densos pliegues del crespon.

¿La veis? Vacila, se detiene, llora,
Pide al cielo sosten, fuerza, valor,
Líquidas perlas de sus ojos manan
¡Melancólica estatua del dolor!

Lleva su pecho destrozado y llora
La ausencia eterna de su eterno amor,
La sostiene de pié la fé cristiana,
La esperanza, la gloria, el alma, Dios!

En los verdes cipreses jime el viento
Con dulce y melancólico rumor,
Y la triste campana el aire rompe
Con el lúgubre timbre de su voz.

La desolada madre el paso lleva
Hasta una cruz que el tiempo enmoheció,
Donde casi borrado se halla un nombre
Que indeleble guardó su corazon.

Se inclinó luego hacia la losa, muda
De su seno unas flores arrancó,
Rociólas con su llanto y temblorosa
Con sus manos allí las deshojó.

JOSÉ MARIA CANTILLO.

1874.

CHARADA.

En mi primera hallarás
Obra sublime de Dios;
Mi segunda con mi tertia
Es cosa que hay á monton,
En el reino de Guinea
Y es mi todo, aquí entre nos,
Inofensivo animal
Y cuadrápodo ychiton!



UN RECLAMO.—¿Y la moda, señora mosaista? ¿Quiere usted dejar esa laguna en su seccion? Ayer desembarcaron del vapor dos enormes cajas enviadas de Paris á tu elegante amiga. ¿Has visto las maravillas que contienen? Detállalas, por tu vida, y habrás hecho un bien á la humanidad.—Así llegaron diciendo aquellas que traen á mi hogar algo de la alegría que huyó de él para siempre.

—¡Albricias, queridas mías! Esa factura y las cartas que ha recibido aquella señora anuncian que la anarquía ha hecho una invasion en el terreno de la moda. La anarquía, ese elemento disolvente en las naciones, es uno de progreso y de engrandecimiento en los dominios de esa loca reina del mundo.

Los vastos palenques de la elegancia: *Baden, Dieppe Trouville*, la han declarado este verano, desterrando el servilismo que hace de la moda una aberracion.

En los bailes, en los conciertos y en los salones de conversacion, cada cual, en esta temporada ha vestido á su capricho; y vosotras sabeis por experiencia que el capricho en el vestir de una jóven elegante, es siempre lo que mejor se adapta al género de su belleza.

En un baile dado en Niza á las peregrinas del verano, la marquesita de R., linda trigueña de cabellos negros, se presentó llevando en ellos por único adorno una rama de trigo verde, y al cuello una sarta de cerezas.

—Oh! eso no es ya solamente anarquía, sino montonera.

—Sin embargo, la marquesita fué la reina de la fiesta.

Un incidente que hace años referí en la revista de un periódico, va á probarnos una vez mas que á una jóven le es mejor anarquizar la moda, que obedecerla.

En una temporada célebre en los fastos de Chorrillos, Cristina L., una de las mas lindas muchachas que se bañaran en las ondas de su golfo, hallábase una mañana en el corredor de su rancho, divisando algo en la calle oculta entre los pliegues de la vela, en la actitud del que espera. ¿Qué era ello?

Acechaba, á la hora del tren, el paso de alguna persona conocida para hacerle un encargo.

—Manuel!—grito de repente; y mas de doce jóvenes se volvieron, solícitos á ese reclamo.

—Manuel S. . .

Un buen mozo, el dueño de aquel apén-

dice, se acercó á la vela de donde la voz salía.

—Oh! Manuel, esperaba á usted para recomendarle esta carta.

—Démela usted, pronto, que la campana ha sonado, y apenas tengo tiempo para llegar á la estacion.

—Héla aquí: es para Manuelita. A qué hora regresará usted?

—A las cuatro.

—Ah! sea usted bueno hasta el fin, querido Manuel. Lléguese usted á casa por la respuesta, y reciba el vestido que Manuelita va á recoger de la modista. Es el que llevaré en el baile de esta noche.

Manuel recibió la carta y partió corriendo.

Aquella tarde, á su paso para regresar á Chorrillos, recibió de Manuela una caja de carton y esta carta escrita á toda prisa:

“Va la falda de gasa de Italia: esto es lo único que ha acabado tu modista. Puedes llevarla con una cotilla de rasó blanco, y todo está remediado.

“Con la falda te envío la linda túnica de tul blanco bordada de perlas que ofrecí en mi enfermedad á mi Señora de los Dolores. Vístesela tú misma. ¿No es verdad que es lindísima? Ah! es lo menos que le debe á la hermosa Madre tu *Manuelita*.”

Manuel encontró en el tren á unos amigos que lo invitaron á una partida de rocambo, en la casa de uno de ellos, situada en la calle de la Estacion.

Distraido con el juego, envió á Cristina la caja, pero olvidó la carta.

Peinados en rizos sus magníficos cabellos negros y sobre ellos una lijera guirnalda de florecillas blancas, Cristina, envuelta en un peñador, aguardaba el vestido que Manuel debía traerle de Lima.

Un criado portador de la bienaventurada caja, arranca á Cristina un grito de gozo. Era ya noche, y ella no estaba vestida.

Precipítase sobre el carton; lo abre, y se queda pasmada.

—¿Qué es esto? ¡Una túnica de tul con arabescos de perlas! ¿Esa francesa se ha vuelto loca? . . . bah! . . . Y sin embargo, es magnífica . . . Ensayemos.

Cristina vistió la bella falda de gasa de Italia, abrochó sobre ella una cotilla escotada de raso blanco, y entre risueña y recelosa, endosó la graciosa túnica que le dió luego el aspecto de una de esas bellas romanas de los suntuosos tiempos del imperio. Nada comparable á la belleza de Cristina, en los salones del baile. A la mañana siguiente, el sacristan de la Iglesia de Chorrillos, avisado por Manuelita se presentaba á Cristina en demanda de la túnica, al mismo tiempo que media docena de criadas de otras tantas amigas suyas venian á pedirle de parte de sus amas, la linda túnica que habia llevado en el baile.

—¿Quieres conocer á Octavio, el novio de Julia, aquel que debió serte presentado en el Odeon? Asómate á la ventana.

—¿Aquel del terno gris?

—El mismo.

—¡Calla! si es el Horerito!

—Te engañas: llámase Octavio E.

—Yo le he dado ese nombre porque lo veo pasar todos los días á excepcion del domingo, como esos pajaritos cuyo nido tiene la forma de un horno; en el que trabajan los seis dias de la semana y desaparecen el sétimo.

—Ah! es que el domingo se va á Chorrillos, donde lo espera su familia.

* * *

EXÁMENES.—Dicen que los rendidos por las alumnas del colegio dirigido por la distinguida señorita Allende han sido brillantes, y colmado de satisfaccion y legítimo orgullo á los padres de familia que le confiaran la educacion de sus hijas.

Felicitemos á la señorita Allende por su triunfo, y por la gloria que con él ha alcanzado: única gloria verdadera entre las efímeras glorias de este mundo.

* * *

UN GRANDE ORADOR.—Su nombre atrajo una inmensa concurrencia á la funcion con que el Convictorio de San Carlos celebró la clausura de su año universitario.

Vimos llegar á un hombre de fisonomía apasible, de modesto ademan. Atravesó la nave, subió al púlpito y lo preparó, como el profeta preparaba el tiempo. Bajó, luego, y se ocultó entre la multitud.

Despues, llegada la hora, vilo adelantarse solo, envolviéndose en los pliegues de su pobre sotana, cual si quisiera hacerse invisible. Subió á la cátedra con callados pasos; retiróse á su fondo, y derramó desde allí torrentes de luz en su elocuente palabra; no con la voz tonante del Sinai, sino con el suave acento del Maestro Divino, cuando se sentaba entre los pecadores.

Hé ahí el orador sagrado: ungido, no solo con óleo santo, sino con el espíritu de verdad, de indulgencia, de humildad, y de amor.

JUANA MANUELA GORRITI.

PERMANENTE.

El luzon para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.